

cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la oscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es carácter de la verdad, y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del dia. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿porqué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro dia, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusion; entre tanto disponga de su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA III.

Mi querido amigo : cuando segun me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V. de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios : esto allana sobre manera el camino á la discusion, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V. ; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como esmenester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrilega. Advirtiéndole yo que ante toda discusion era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda : « me parece que podemos

pasar adelante ; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza. » ; A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad ! Y este hombre por otra parte era de mas que mediana instrucción, y de ingenio muy despejado.

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque cuando menos ha producido un gran bien, cual es, el que V. se explica sobre este particular de tal modo, que revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leído aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permitame V. que se las reproduzca en la mía y que le recomiende encarecidamente que no las olvide jamas. «Nunca me he devanado mucho los sesos en buscar » pruebas de la existencia de Dios : la historia, la física, la » metafísica servirán para esta demostracion todo lo que » se quiera ; pero yo confieso ingenuamente que para mi » conviccion no he menester tanto aparato científico. » Saco la muestra de mi faltriquera, y al contemplar su » curioso mecanismo y su ordenado movimiento, nadie » seria capaz de persuadirme que todo aquello se ha » hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo » de un artifice : el universo vale, á no dudarlo, algo » mas que mi muestra, álguien pues debe de haber que » lo haya fabricado. Los ateos me hablan de casualidad, » de combinaciones de átomos, de naturaleza, y de qué » sé yo cuántas cosas ; pero sea dicho con perdon de » estos señores, todas estas palabras carecen de sentido. » Nada tengo que advertir á quien con tanto

pulso aprecia el valor de los dos sistemas ; estas palabras tan sencillas como profundas, las estimo yo en mas que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla V. en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que V. abra la discusion religiosa, atacando el dogma de la eternidad de las penas. No esperaba yo que acometiera V. tan pronto por este flanco ; y vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado á entender que V. le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos, y el negocio es grave, urgente ; de aquí á pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice V. muy bien, que « para los que se engañan en esta materia, el chasco » debe de ser pesado en demasia. »

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas ; pero no puedo menos de observar que no es este el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado, y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas ; y al contrario, admitidos ciertos puntos capitales, es imposible resistirse á la admision de los demas. Sucede muy á menudo, que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento, y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. « Esto es inconcebible, exclaman, » a religion que lo enseña no puede ser verdadera ; » como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religion están al alcance del hombre ; como si no estuviéramos asegurando continuamente, que son muchas las verdades á cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprension.

Al leer ú oír la relacion de un fenómeno ó suceso cualquiera, nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador; y en estando bien asegurados por este lado, por mas extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo, pocos eran los que comprendian cómo era posible que volviese por oriente la nave que habia dado la vela para occidente; pero ¿ bastaba esto para resistirse á dar crédito á la narracion de Sebastian de Elcano, cuando acababa de dar cima á la atrevida empresa del infortunado Magallanes? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores, oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados, ¿ deberia por ventura andar mirando detalladamente la relacion que se le hace de las funciones de esta ó aquella máquina, de los agentes que la impulsan, de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que á él le pareciese incomprendible? Por cierto que no: y procediendo conforme á razon y á sana prudencia, lo que debiera hacer seria, asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados, ó si podrian tener algun interés en engañar; y cuando estuviese bien cierto de que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podria sin temeridad, rehusar el asenso á lo que se le refiriera, por mas que á él le fuera inconcebible, y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es, si existe ó no la revelacion, y si la Iglesia es ó no depositaria de las verdades reveladas: en teniendo asentadas estas dos bases, ¿ qué importa que este ó aquel dogma se muestren mas ó menos plausibles, que la

razon se halle mas ó menos humillada, por no llegar á comprenderlos? ¿ Existe la revelacion? ¿ Esta verdad es revelada? ¿ Hay algun juez competente para decidirlo? ¿ Qué dice sobre el dogma en cuestion el indicado juez? Hé aquí el orden lógico de las ideas, hé aquí el orden lógico de las cuestiones, hé aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias; lo demas es divagar, es exponerse á perder tiempo en disputas que á nada conducen.

Lejos de mí el intento de huir por medio de estas observaciones el cuerpo á la dificultad; pero nunca habrá sido fuera del caso el emitirlas para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice V. que « se le hace muy cuesta arriba el « dar crédito á lo que nos están diciendo los predicadores sobre las penas del infierno, y que repetidas veces » ha oído cosas que de puro horribles rayaban en ridículas. » Resérvome para mas allá el decirle á V. cosas curiosas sobre esos horrores; por ahora, y no sabiendo á punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene V. sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico con esta ó aquella ocurrencia que haya podido venirle á un orador. Lo que enseña la Iglesia es, que *los que mueren en mal estado de conciencia, es decir, en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin*. Hé aquí el dogma; lo demas que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fé: pertenece á aquellos puntos sobre los que es licito opinar en diferentes sentidos sin apartarse de la fé católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es, que estas penas serán horrosas: y bien ¿ para qué necesitamos saber lo demás? ¿ Penas terribles, y sin fin!.. ¿ no basta esta sola idea para dejarnos

con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se pueden ofrecer?

« ¿Cómo es posible, dice V., que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor? » ¿Cómo es posible, contestaré yo, que un Dios infinitamente justo, no castigue con tanto rigor, despues de haber procurado llamarnos al camino de la salvacion por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende á Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama pues un castigo en cierto modo infinito. En el órden de la justicia humana es mas ó menos criminal el atentado, segun es la clase y la categoria de la persona ofendida: ¿con qué horror no es mirado el hijo que maltrata á sus padres? ¿qué circunstancia mas agravante que la de ofender á una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre á Dios, hay la rebelion de la nada contra un ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano de cielo y tierra: ¡ cuántos motivos para afear la culpa! ¡ cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida ó la propiedad de un individuo, castiga la ley humana al reo con la pena de muerte; es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito, pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad, para siempre; ¿ porqué pues el Dios Supremo, no podrá castigar tambien al culpable con penas que duren para siempre? Y nótese bien, que la justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crimen le sigue la pena, y no

basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazon contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal, sin haberle puesto á la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la eleccion, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿ A quién pues podrá culpar el hombre sino á sí mismo? ¿ Qué tienen de repugnante ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar á los incautos, pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas* y de *misericordia infinita*; pero examínese á fondo la materia; atiéndase á todas las circunstancias que la rodean, y se verán desaparecer como el humo las dificultades que á primera vista se habian ofrecido. El secreto de los sofismas mas engañosos consiste en el artificio de presentar los objetos no mas que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas, que si parecen contradictorias, es porque no se atiende á las intermedias que las enlazan y hermanan. Es fácil observar, que los autores mas célebres entre los enemigos de la religion, resuelven á menudo las cuestiones mas graves y complicadas con una salida ingeniosa, ó una reflexion sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil á un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el ánimo de los lectores; y si á esto se añade algo que pueda interesar el corazon, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el ánimo de los incautos, con el sistema de doctrinas mas bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos, dirigiéndose al corazon en muchos casos, en que solo se debe hablar al entendimiento. Así en el

asunto que nos está ocupando, ¿ cómo resiste un corazón sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado á padecer para siempre ? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad; porque si bien es indudable que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender á fondo ciertas verdades, también lo es que no debe nunca tomarsele por principal guía, y que no se le ha de permitir jamás que llegue á dominar los eternos principios de la razón. Los derechos y deberes de padres é hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si analizados á la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazón; pero en cambio, también se trastornarán los sanos principios de la moral, y se introducirá el desorden en las familias, si prescindiendo de los severos dictámenes de la razón, solo nos empeñamos en regirnos por lo que nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño, si no se encuentra aquí uno de ellos mas ecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano está atravesando un período, que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorbiendo la una gran porción de las fuerzas y energía que en otra situación corresponderian á las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento, no en la parte que tiene de desprendimiento y elevación, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginación, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus mas raros y extravagantes mati-

ces, llamando en su auxilio la razón y la fantasía, no como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente también del mismo defecto; y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa á todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caídas mas ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos, y ofrece al corazón humano un solo ídolo, el placer; una sola regla, el egoísmo.

Ya ve V., mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia; pero el error de los hombres no destruye la realidad de las cosas: si el infierno existía en tiempo de nuestros padres existe todavía en el nuestro; y en nada inmutan el hecho, ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molición de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal se encontrará en presencia del Supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo con su conciencia desplegada, patente á los ojos de aquel, á cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relación entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo, y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones á otras materias análogas. El hombre ha creído poder cambiar y modificar las leyes divinas del modo que lo hace con la legislación humana; y como que se ha propuesto introducir en los fallos del Soberano Juez la misma suavidad que ha dado á los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislación criminal tiende claramente á disminuir las

penas, naciéndolas menos afflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso, y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Mas ó menos, todos cuantos en esta época vivimos, estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa ó afflictiva, es para nosotros insoportable; y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía, y todos los consejos de la prudencia, para que se conserven en los códigos criminales algunas penas rigurosas. Lejos de mí el oponerme á esta corriente; y ojalá fuera hoy el día en que la sociedad no hubiese menester para su buen orden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera tambien que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida, es algo mas noble y elevado que aquel sentimiento egoísta y débil, que no nos permite ver sufrir á los otros, porque nuestra flaca organizacion nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya á la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargarle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? La primera, un efecto de la organizacion, la segunda puro egoísmo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos á los caprichos de nuestra enfermiza razon: y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno é infinito, que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar á nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo á excusar el crimen, á interesarse por el criminal, que se olvida de la compasion que con título, sin duda mas justo, es debida á la

víctima; y de buena gana dejaria á esta sin reparacion de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar á aquel los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de las penas; dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos, que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen orden del universo, la falta de ese castigo; diremos que el mundo estaria encomendado al acaso, que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera la mas repugnante injusticia, si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable mas allá del sepulcro, para pedirle cuenta de su perversidad durante su peregrinacion sobre la tierra.

Y qué ¿no vemos á cada paso ufana y triunfante la injusticia, burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, é insultando con su lujo y disipacion la miseria y demas calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelías y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas, que con su conducta disipada, llenan de angustia la familia de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro á una consorte virtuosa, dejando á sus hijos en la miseria, y no trasmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran á veces hijos desnaturalizados, que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo, y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los dias de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que despues de haber sorprendido el candor y man-

cillado la inocencia, abandonan cruelmente á su víctima, entregándola á todos los horrores de la ignominia y de la desesperacion? La ambicion, la perfidia, la traicion, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde poco alcanza la accion de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignacion? ¿no ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Qué no es verdad, no, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atormentanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrumenle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero tampoco le faltan medios para embotar algun tanto el punzante estímulo de su conciencia, tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales, tampoco escasea de recursos para salir airoso de los malos pasos á que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparacion de los que sufre tambien el justo? Las enfermedades le abruman, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecucion no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan tambien, y semejante al divino Maestro sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta á resignarse como verdadero cristiano, hace algun tanto mas llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y á menudo mas duros de los que han caido sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios

de la otra vida ¿ dónde está la justicia? ¿ dónde la providencia? ¿ dónde el estímulo para la virtud, y el freno para el vicio?

Pregúntame V.; mi estimado amigo, si comprende perfectamente, cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados; y adelántase á contestar á la razon que podria señalarse de que así se satisface la divina justicia, y se aparta á los hombres del camino del vicio con el temor de tan horrendo castigo. Dice V. por lo tocante al primer punto, « que jamás ha podido concebir la razon de tanto rigor; y que aun cuando no deja de columbrar la relacion que existe entre la eternidad de la pena, y la especie de infinidad de la ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna oscuridad que no acierta á disipar. » Muy errado anda V., mi apreciado amigo, si se imagina que á todos los demas no les sucede lo mismo; pues que sabido es, que el entendimiento humano se nubla, tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir, que tampoco concibo estas verdades con entera claridad; y que por mas firme certeza que de ellas abrigue, no puedo lisonjearme que se presenten á mi espíritu con aquella evidencia que las pertenecientes á un órden finito y puramente humano; pero lejos de que me desanime esta niebla, que procede al propio tiempo de la debilidad de nuestros alcances, y de la sublime naturaleza de los objetos, he considerado repetidas veces, que si por este motivo debiera negar mi asenso, no podria prestarle tampoco á muchas otras verdades de las que me seria imposible dudar, aunque á ello me esforzara. Estoy seguro de la creacion, no solo por lo que me enseña la religion revelada, sino tambien por lo que me dicta la razon natural: y no obstante, cuando medito sobre ella, cuando quiero formarme una

idea clara y distinta de aquel acto sublime en que Dios dijo : *hágase la luz, y la luz fué hecha*, siéntese mi entendimiento con cierta flaqueza, que no le permite comprender con toda perfeccion el tránsito del no ser al ser. Estoy cierto, y V. conmigo, de la existencia de Dios, de su infinidad, eternidad, inmensidad, y demás atributos; pero ¿ nos es dado acaso formarnos ideas bien claras de lo que por estos nombres se expresa? Es bien seguro que nó; y lea V. todo cuanto han escrito sobre ello los teólogos y filósofos mas esclarecidos, y echará de ver que mas ó menos, adolecian del mismo achaque que nosotros.

Si quisiera dar mas amplitud á estas reflexiones, fácil me seria encontrar mil y mil ejemplos de esta debilidad de nuestro entendimiento, hasta en las cosas físicas y naturales; pero esto me empeñaria en largas discusiones sobre las ciencias humanas, alejándome del principal objeto. Ademas que no dudo bastará lo dicho, para dejar sentado que no debe hacer mella en un espíritu sólido esa oscuridad de que están rodeados á nuestra vista algunos objetos; y que mientras sobre ellos podemos adquirir por conducto seguro la competente certeza, no conviene abstenerse de prestar asenso por el solo asomo de algunas dificultades mas ó menos graves, mas ó menos embarazosas.

No son muchas las materias en que pueden señalarse, en apoyo de una verdad, razones mas satisfactorias que las arriba indicadas en pro de la justicia de la eternidad de las penas; sea cual fuere el concepto que V. forme de mis reflexiones, al menos no podrá negarme que no son para despreciadas por el simple obstáculo de una dificultad, que mas bien se funda en un sentimentalismo exagerado que en un racionio sólido y convincente. Por tanto, solo me resta recordarle que no se trata de sa-

ber si nuestro entendimiento comprende ó no con toda claridad el dogma del infierno, sino de averiguar si en realidad este dogma es verdadero, y si los fundamentos en que le apoyamos sus sostenedores tienen las señales características que puedan convencer de que realmente ha sido revelado por Dios. ¿ De qué nos serviria el comprenderlo mas ó menos claramente, si tuviésemos el tremendo infortunio de haberle de sufrir ?

Por lo que toca al segundo punto que V. indica en su apreciada, no estoy de acuerdo en que una pena de duracion limitada pudiese ejercer sobre el ánimo de los hombres una impresion equivalente, y de idénticos resultados en cuanto al arreglo de la conducta. Pretende V. que en estando acompañada la pena de mucha duracion, ó de un tormento muy terrible, bastaria para enfrenar las pasiones, poniéndose un límite á los malos deseos; con cuya observacion se da por el pié á la razon que señalamos los cristianos de que la existencia del infierno es una salvaguardia de la moral. Pero á mí me parece que V. no ha sondeado lo suficiente este asunto; y no ha reparado en que si bien es verdad que la idea del tormento nos espanta y aterra, cuando se ha de sufrir en esta vida, nos causa muy ligera impresion si se ha de reservar para la otra. Dos pruebas daré de esto, una experimental, otra científica.

El dogma del purgatorio lleva ciertamente una idea terrible; y así los libros de devocion, como los predicadores, están pintando continuamente aquel lugar de expiacion con los colores mas espantosos. Los fieles lo creen así, lo están oyendo sin cesar, oran por los parientes y amigos difuntos, que puedan estar detenidos en él; pero hablando ingenuamente ¿ es mucho el miedo que se tiene al purgatorio? por sí solo, ¿ fué un dique bastante robusto para oponerse al ímpetu de las pasiones?



Dígalo cada cual por experiencia propia; díganlo también por la ajená cuantos han tenido ocasion de observarlo. Las penas que para aquel lugar se nos anuncian son terribles, es verdad; su duracion puede ser mucha, es cierto; el alma no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante, no tiene duda; pero aquella pena tendrá fin, y estamos seguros de que no puede durar para siempre, y colocados en medio del riesgo de largos padecimientos en la otra vida, y de la necesidad de soportar leves molestias en la presente, repetidas veces preferimos aventurarnos á lo primero, para preservarnos de lo segundo.

De esto, que la experiencia nos está mostrando á cada paso, nos señala la razon las causas; bastando para conocerlas una sencilla consideracion de la naturaleza humana. Mientras vivimos en esta tierra, se halla nuestro espíritu unido al cuerpo que nos transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee á la verdad nuestra alma algunas facultades que elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre mas altos objetos, y habitan por decirlo así en una region que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer empero la dignidad de estas facultades, ni la altura de la region en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un órden inferior, que á menudo las hacen descender de su elevacion, y en vez de obedecerlas como á señoras, las reducen á la clase de esclavas. Cuando las cosas no lleguen á este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia, que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en oscura lontananza las verdades que forman su mas noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con

el mayor descuido y flojedad. Hay un infierno que temer; un cielo que esperar; pero todo esto está en la otra vida, se reserva para una época mas distante; son cosas que pertenecen á un órden enteramente distinto, á un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas, de momento; y así es que necesitamos hacer un esfuerzo de concentracion y reflexion para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen, y de que en su comparacion es nada todo cuanto nos rodea. Viene entre tanto á herir nuestra imaginacion, á excitar nuestros sentimientos algun objeto de la tierra; ora inspirándonos algun temor, ora halagándonos con algun placer; el otro mundo desaparece á nuestros ojos, como objetos que perdiéramos de vista en un remoto confin, el entendimiento vuelve á caer en su entorpecimiento, la voluntad en su languidez; y si uno y otro se excitan de nuevo, es para contribuir al mayor desarrollo de las otras facultades.

El hombre se guia casi siempre por las impresiones del momento; sacrifica lo venidero á lo presente; y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una accion le puede acarrear, la distancia ó la proximidad de la realizacion de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias mas influyentes en su eleccion. ¿Cómo no ha de suceder esto en lo tocante á los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto á los de la presente? ¿No es infinito el número de los que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, á un placer de momento? Y esto ¿por qué? Porque el objeto que halaga está presente, y los males distantes; y el hombre se hace la ilusion de evitarlos, ó bien se resigna á sufrirlas, como quien se arroja á un precipicio con los ojos vendados.

De esto se infiere no ser verdad lo que V. afirma, que bastase el temor de una pena muy duradera para que produjese un mismo ó semejante efecto, que la eternidad del infierno. No es verdad; antes al contrario, puede asegurarse que desde el momento que se separase de la idea de las penas la de eternidad, perderian la mayor parte de su horror, y quedarian reducidas á la misma línea que las del purgatorio. Si los castigos de la otra vida han de producir un temor bastante á contenernos en nuestras depravadas inclinaciones, han de tener un carácter formidable, espantoso, que su mero recuerdo ofreciéndose de vez en cuando á nuestro espíritu, le produzca un saludable estremecimiento que dure aun en medio de la disipacion y distracciones de la vida como el pavoroso sonido del sonoro metal que retiembla largo rato despues de recibido el golpe.

No pondré fin á esta carta sin contestar á la objecion insinuada por V., y de que en apariencia se halla muy satisfecho, porque segun dice, « si bien no es mas que una conjetura, no puede negársele que es muy especiosa, muy filosófica, y quizás no destituida de fundamento. » Explica V. en seguida el sistema que tan en gracia le ha caido, y que consiste en considerar el dogma del infierno como una fórmula en que se expresa el pensamiento de intolerancia que preside á las doctrinas y conducta de la Iglesia católica. Permítame V. que transcriba sus propias palabras, que de esta suerte no mediará el peligro de una mala inteligencia: « Ya se ve: se queria sujetar el entendimiento y el corazon del hombre ciñéndolos con un aro de hierro: faltaban en lo humano los medios de realizarlo, y ha sido preciso hacer intervenir la justicia de Dios. ¿No se podria sospechar que los ministros de la religion católica, quizás mas engañados que engañadores, han

» apelado al recurso comun entre los poetas, de desenlazar una situacion complicada llamando en su auxilio » algun Dios: ó hablando en términos literarios, empleando la máquina? Mucho me engaño, si en la pretendida justicia de un Dios inexorable, no se trasluce el sacerdote católico con su terquedad inflexible. » Algo duro se muestra V., mi estimado amigo, en el pasaje que acabo de insertar, y por mas sorpresa que le haya de causar mis palabras, me atrevo á decirle que lejos de encontrarle filosófico como acostumbra, le hallo aquí, primero muy inexacto, y despues ligero en demasía. Inexacto, porque supone que el dogma de la eternidad de las penas, pertenece exclusivamente á los católicos, cuando le profesan tambien los protestantes; ligero, porque ha pretendido convertir en expresion del pensamiento dominante en el cristianismo un hecho creido generalmente por el humano linaje.

El prurito, tan comun en nuestra época hasta entre los escritores de primera nota, de señalar una razon filosófica fundada en una observacion nueva y picante, le ha extraviado á V. de una manera lastimosa; haciéndole perder de vista por un momento lo que no ignoran cuantos saben medianamente la historia. En resúmen, quería V. significar que esto era una invencion de los sacerdotes cristianos, bien que salvando su buena fé, con suponerlos víctimas de una ilusion; pero ¿cómo ha podido olvidar que siglos antes de aparecer el cristianismo estaba la creencia del infierno generalmente extendida y arraigada?

Algo satírico está V. con los « buenos frailes que se complacen en asustar á niños y mugeres con las horrendas descripciones de tormentos fraguados en imaginaciones descompuestas y groseras, y que difícilmente puede soportar sin reirse ó sin fastidiarse un

« hombre de sana razon y de buen gusto. » Bien se conoce que quiere V. hacer pagar caros á los pobres predicadores los ratos que llevaba al sermon su buena madre, y que sin duda hubiera V. empleado de mejor gana en sus juegos y entretenimientos; pero sea dicho sin ánimo de ofender, y únicamente en defensa de la verdad, da V. aquí un solemne tropiezo, en que solo puede consolarle el tener muchos compañeros de infortunio, entre los que se proponen burlarse con demasiada ligereza de los dogmas y prácticas de nuestra religion. V. se rie de las *exageraciones de los frailes* en esta materia, que se le hacen insuportables por descabelladas y de mal gusto; pues bien, yo le emplazo á V. á que me cite la descripcion que le parezca mas descabellada entre las que haya oido de boca de un predicador, y me obligo á presentarle otra sobre el mismo objeto que no le irá en zaga á la primera, ni en lo feo, ni en lo extravagante, ni en lo horrible. ¿Y sabe V. de quién serán esas descripciones y rasgos? Nada menos que de Virgilio, de Dante, de Taso, de Milton. No advertia V. que á la espalda del buen capuchino á quien tan desapiadadamente acometia V., tropezaba con una reserva tan respetable en materias de razon y de buen gusto. A veces la precipitacion en el juzgar nos es mas dañosa que la misma ignorancia. Sucédenos á menudo que despreciamos una expresion, en odio ó desprecio de la persona que la dice; expresion que nos pareciera admirable, si la oyésemos en boca de otro que nos inspirase mas respeto. Por esto decia graciosamente Montaigne que se divertia en sembrar en sus escritos las sentencias de filósofos graves, sin nombrarlos, con la mira de que sus lectores criticos creyendo habérselas solo con Montaigne, injuriasen á Séneca, y dieran de narices sobre Plutarco.

No es fácil decir á punto fijo la variedad de horrores del infierno; pero lo cierto es que así cristianos como gentiles han convenido en mostrárnoslo con espantosos colores. Virgilio no era ni fraile, ni predicador, ni cristiano, ni escaseaba de *buen gusto*, y sin embargo difícil es reunir mas horrores de los que nos presenta, no solo en el infierno, sino ya en el camino.

Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci,  
Luctus et ultrices posuere cubilia Curæ;  
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,  
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,  
Terribiles visu formæ: Letumque, Laborque:  
Tum consanguineus Leti Sopor, et mala mentis  
Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum,  
Ferrique Eumenidum thalami, et Discordia demens  
Vipereum crinem vittis innexa cruentis.

.....  
Multaque præterea variarum monstra ferarum.  
Centauri in foribus stabulant, Scyllæque bifformes,  
Et centum geminis Briareus, ac bellua Lernæ  
Horrendum stridens flammisque armata Chimæra:  
Gorgones, Harpyiæque, et forma tricornis umbrae.

Antes de llegar á la fatal mansion, nos encontramos ya con *cabelleras de víboras*, con *hidras que rugen con horrible estridor*, con *monstruos armados de fuego*, y junto con los *gozos vedados*, *mala mentis gaudia*, el llanto y los remordimientos vengadores, *luctus et ultrices curæ*.

Pero sigamos adelante, y el horror se aumenta hasta el extremo.

.....  
Hinc via, Tartarei quæ fert Acherontis ad undas,  
Turbidus hic ceno vastaque voragine gurges  
Æstuat, atque omnem Cocyto eructat arenam.  
Portitor has horrendus æneas et flumina servat

Terribili squalore Charon : cui plurima mento  
Canities inculta jacet, stant lumina flamma,  
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.

Respicit Æneas subito : et sub rupe sinistra  
Mœnia lata videt, triplici circumdata muro :  
Quæ rapidus flammis ambit torrentibus amnis  
Tartareus Phlegethon, torquetque sonantia saxa.  
Porta adversa, ingens, solidoque adamante columnæ :  
Vix ut nulla virum, non ipsi excindere ferro  
Coelicolæ valeant : stat ferrea turris ad auras :  
Tisiphoneque sedens, palla succincta cruenta,  
Vestibulum insomnis servat noctesque diesque.  
Hinc exaudiri gemitus, et sæva sonare  
Verbera : tum stridor ferri, tractæque catenæ.

Gnossius hæc Rhadamanthus habet durissima regna :  
Castigatque, auditque dolos : subigitque fateri  
Quæ quis apud superos, furto lætatus inani,  
Distulit in seram commissa piacula mortem.  
Continuo sontes ultrix accincta flagello  
Tisiphone quatit insultans : torvosque sinistra  
Intentans angues, vocat agmina sæva sororum.  
Tum demum horrisono stridentes cardine sacræ  
Pendantur portæ. Cernis, custodia qualis  
Vestibulo sedeat ? facies quæ limina servet ?  
Quinquaginta atris immanis hiatibus Hydra  
Sævior intus habet sedem :

Necnon et Tityon, terræ omniparentis alunnum  
Cernere erat : per tota novem cui jugera corpus  
Porrigitur ; rostroque immanis vultur obunco  
Immortale jecur tundens, fœcundaque pœnis  
Viscera, rimaturque epulis, habitatque sub alto  
Pectore : nec fibris requies datur ulla renatis.  
Quid memorem Lapithas, Ixiona, Pirithoumque ?  
Quos super atra silex jamjam lapsura, cadentique  
Imminet assimilis. Lucent genialibus altis  
Aurea fulcra toris, epulæque ante ora paratæ  
Regifico luxu. Furiarum maxima juxta

Accubat, et manibus prohibet contingere mensas,  
Exurgitque facem attollens, atque intonat ore.  
Hic quibus invisi fratres, dum vita manebat,  
Pulsatusve parens, et fraus innexa clienti ;  
Aut qui divitiis soli incubuere repertis,  
Nec partem posuere suis, quæ maxima turba est.  
Quique ob adulterium cæsi, quique arma secuti  
Impia, nec veriti dominorum fallere dextras ;  
Inclusi pœnam expectant. Ne quære doceri  
Quam pœnam, aut quæ forma viros fortunave mersit.  
Saxum ingens volvunt alii, radiisque rotarum  
Districti pendent ; sedet, æternumque sedebit  
Infelix Theseus ; Phlegyasque miserrimus omnes  
Admonet, et magna testatur voce per umbras :  
Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.  
Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem  
Imposuit : fixit leges pretio atque refixit.  
Hic thalamum invasit natæ, vetitosque hymenæos.  
Ansi omnes immane nefas, ausoque potiti.

*Triples murallas bañadas con un rio de fuego, gemidos, ruido de azotes, estrépito de cadenas, serpientes y la hidra con cincuenta bocas, buitres que roe las entrañas, y otros objetos semejantes : hé aquí los que nos presenta el poeta en la mansion, segun él mismo dice, de los defraudadores, adulteros, crueles con sus padres, incestuosos, traidores á su patria, y culpables de otros crímenes. Mucho dudo que V. haya oido cosas mas horribles. Y como si no le bastara el espantoso cuadro que acaba de pintar con inimitable pincel, exclama :*

Non, mihi si linguæ centum sint, oraque centum,  
Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,  
Omnia pœnarum percurrere nomina possim. (*Æneid. L. 6.*)

*Cien lenguas, cien bocas, férrea voz, no le bastarian para nombrar siquiera la variedad de penas de aquella mansion de horror !*

Como quiera : dentro medio siglo, la cuestion del infierno estará prácticamente resuelta para los dos : ruego al cielo que lo sea felizmente para ambos ; pero si V. tiene la temeridad de aventurarse á lo que pueda suceder, me quedará llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle antes no llegue el dia de la ira, en que á la presencia del Juez Supremo, velarán su faz los ángeles tutelares no sabiendo qué alegar en descargo de V. para libertarle de la tremenda sentencia. De V. su affmo. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA IV.

Mi estimado amigo: mucho me complace que me haya V. ofrecido la oportunidad de manifestarle mi parecer, sobre esa filosofía que V. apellida *del porvenir*; pues que si bien V. la critica hasta motejarla, traslúcese no obstante que no ha dejado de hacerle mella, mayormente en lo que ella dice sobre los *destinos* del Catolicismo. Llámala V. *filosofía del porvenir*; y en efecto, no cabe nombre mas bien adaptado para calificar esa ciencia estrambótica que sin resolver nada, sin aclarar nada, solo se ocupa en destruir y pulverizar, respondiendo enfáticamente á todas las preguntas, á todas las dificultades, á todas las exigencias, con la palabra *porvenir*. A juicio de esta filosofía, la humanidad ha errado siempre, yerra todavía en la actualidad; esta filosofía lo sabe, y al parecer es ella sola quien lo sabe; tan grave y magistral es el tono con que lo anuncia. Demandadle ¿dónde está la verdad, cuándo será dado al hombre encontrarla? en el *porvenir*. Como se supone, todas las religiones son falsas, todas son obra de los hombres, un ardido para engañar á las masas, un objeto de risa para los sabios.